



Un veterano misionero capuchino, R. P. Sigfrido de Frauenhäusl, llamado el defensor de los Indios Araucanos, con los que ha vivido 45 años ↓

AÑO VII
No. 76
MAYO
1945
Caracas
Venezuela

La Novela de un Misionero

Por G. SAGEHOMME S. J.

(Continuación)

Louverois atravesó la calle y tocó a la puerta del colegio. El Hermano Hilario estaba en su puesto; Louverois le dijo con tono áspero:

—¿Es al Padre Ambrosio a quien el señor Carlos de Louergue viene a visitar aquí todas las semanas?

—Sí, señor.

—Haga el favor de decirle al Padre Ambrosio que me conceda una audiencia. Ahí está mi tarjeta.

El Hermano Hilario introdujo al visitante a un locutorio muy reducido, en donde Louverois quedó sólo, meditando su entrada en materia, excitándose a la audacia. En el patio los alumnos jugaban y se oían sus voces chillonas y el ruido de las pelotas al golpear el muro. Muy pronto se dejó oír el ruido de pasos que se arrastraban. El P. Ambrosio entró y saludó:

—Haga usted el favor de sentarse, señor.

Louverois respondió bruscamente:

—Para lo que tengo que decirle prefiero estar de pie.

—Como usted guste, señor.

Y el anciano sacerdote de pie también, un poco tembloroso, encorvado, aparecía tan débil y digno de compasión, que Louverois, por un instante, tuvo vergüenza; pero se acordó de lo que acababa de contarle el señor de Louergue y, encolerizándose de nuevo, comenzó el ataque:

—¿Es usted realmente el Padre Ambrosio?—preguntó.

El Padre se inclinó sonriendo, aunque con un poco de inquietud, por el tono duro y amenazador del visitante.

—¡Pues bien!— prosiguió Louverois—. No vengo a felicitarle a usted por lo que ha hecho. Carlos de Louergue, empujado por usted, quiere partir para las misiones extranjeras. Yo soy su padrino, el amigo íntimo de su padre, y ven-



go a pedir a usted cuenta de ese ridículo proyecto.

—Pero, señor, yo no me he metido en eso para nada, se lo aseguro... Por el contrario, yo...

—Sí, ya lo conozco, lo de siempre: usted y sus semejantes preparan diestramente su asunto; trituran esas almas jóvenes, las amasan hasta tenerlas bien a punto, y llegado el momento les declaran en nombre del cielo que deben dejar a sus padres para ir a anunciar sus doctrinas a negros que nada les piden. ¡Esos son manejos imperdonables!

——Señor... —murmuró el anciano.

Pero Louverois no quería oír nada y continuó con vehemencia:

—No cantará usted victoria tan pronto con mi ahijado, se lo prevengo: me encontrará usted en su camino para deshacer sus intrigas.

El P. Ambrosio, muy emocionado, se había apoyado contra un mueble: temblaba violentamente y parecía a punto de desmayarse. Louverois, confuso, a pesar de su cólera, de haberse mostrado grosero, acercó una silla:

—Siéntese usted—le dijo—, le he tratado muy duramente: pero usted me perdonará al saber que profeso a mi ahijado un cariño de padre; su decisión me ha aterrado.

—Está usted perdonado, señor; mas permítame que le diga a usted que se engaña; hace dos años que vengo resistiendo al deseo de Carlos. Vencido por sus instancias, he acabado de permitirle el sábado último hablar a sus padres; pero siempre le he predicado la obediencia, y no partirá sino autorizado por ellos.

—Cederán, tarde o temprano, es claro; ellos no están bastante despojados de prejuicios para resistir a un deseo que creen venir del cielo.

—Entonces, Carlos partirá, señor.

—Eso es lo que yo no quiero.

El P. Ambrosio se puso en pie; había vuelto a recobrar la plena posesión de sí mismo y dominado su emoción; su arrugado rostro tomó una expresión grave:

—¿Y con qué derecho impedirá usted a ese joven seguir el llamamiento de Dios?

—Con el derecho de un cariño sincero y más ilustrado que el de usted...

—¿Más ilustrado también que el de sus padres, se imagina usted?

—Tal vez... En todo caso, le impediré partir; tengo para ello un medio irresistible cuyo empleo me reservo para cuando lo juzgare necesario. Por el momento

sólo había venido para pedir a usted que me ayudara.

—¿A retener a Carlos? Pero, señor, yo no me reconozco con derecho para ello; mientras dudé del llamamiento divino, resistí; pero ahora no puedo hacerlo, no puedo disputar a Dios el holocausto que El reclama.

Louverois volvió a tomar su actitud amenazante:

—Está bien — dijo secamente—, me arreglaré sin usted; ya le he dicho que tengo mi medio.

—Empléelo usted, señor—respondió el Padre—; lo que Dios toma, está bien guardado.

—¡Eso es lo que veremos!

Louverois salió, respondiendo apenas a la despedida del P. Ambrosio, y volvió a reunirse con el señor de Louergue, que le esperaba en el Banco.

—¿Qué has hecho?—preguntó el banquero.

Louverois se encogió de hombros, simulando una indiferencia que dejaba traslucir un profundo despecho:

—No he obtenido nada —dijo—; esa gente tiene la cabeza dura.

—Pero, al menos, ¿no habrás dado un escándalo?

—¿Que llamas tú un escándalo? He hablado claro, eso es todo...; he fracasado, pero tendré buen cuidado de arreglármelas de otra manera.

—¡Ojalá tengas éxito, amigo mío!... Sin embargo, no lastimes, te lo ruego, los sentimientos religiosos de mi hijo: golpearías contra un muro de piedra; y además yo mismo lo llevaría a mal.

—No tengas cuidado; sólo tendrás que gloriarte de mí.

* * *

Vuelto a su habitación el P. Ambrosio, después de una corta y fervorosa oración, tomó la pluma, y con su letra temblona e indecisa, escribió a Carlos de Louergue la carta siguiente:

"Mi querido hijo: la lucha va a comenzar; me veo en la obligación de prevenírtelo. Examínate atentamente una vez más: si algo humano se ha mezclado en tu resolución, abandona tu proyecto, es necesario. Si continúas creyendo que Dios te llama, permanece firme: el Divino Maestro tiene sobre ti todos los derechos. Sin embargo, aún en este último caso, acuérdate de que debes obedecer a tus padres y sométete a las pruebas por las que tal vez ellos crean deber hacerte pasar; conozco demasiado su vir-

tud para sospechar que sobrepasen su poder y usurpen el de Dios. Yo ruego por ellos y por ti con todo mi corazón.

Tu afectísimo,

P. Ambrosio".

VI

¡QUINIENTOS MIL FRANCOS!

Carlos de Louergue estaba sentado en su cuarto en. el castillo de Profondeville; al volver de una partida de caza aquella misma mañana había encontrado sobre su mesa la carte del Padre Ambrosio; la había leído y releído para penetrarse bien de ella; después del almuerzo la leía de nuevo, cuando tocaron a su puerta.

Contestó con aquel "¡adelante!" sonoro cuyo monopolio y costumbre tenía y que hacía decir a sus hermanas:

—¡Nos dejas sordas con ese modo de gritar!

El señor Louverois entró y se dirigió derechamente a Carlos, que se levantaba para recibirle:

—¡Buenos días, ahijado, vuélvete a sentar; yo me ofrezco una silla y te

(Pasa a la pág 63)

VENEZUELA MISIONERA

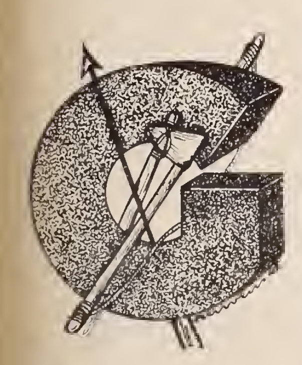
REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA
CON APROBACION ECLESIASTICA
Y DE LA ORDEN
SUSCRICION ANUAL: BS. 5
PARA EL EXTRANJERO: $ 2



DIRECCION
Y
ADMINISTRACION
PP. CAPUCHINOS – LA MERCED
APARTADO 261 – TELEFONO 3562
CARACAS–VENEZUELA

AÑO VII — MAYO DE 1945 — N° 76

Estampa Misional del Mes



RANDIOSO día el de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo bajó en forma visible de llamas de fuego sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén! Esta bajada ha cambiado a aquellos hombres de un todo. Tímidos, cobardes, tardos para comprender las doctrinas del Maestro Divino, salen ahora de aquel retiro decididos y valientes, predicando y enseñando a las muchedumbres que a su lado llegan. ¿Qué ha sucedido? Que el Espíritu Santo los ha fortalecido, y están empezando a dar cumplimiento al encargo de Jesús: "Id y enseñad a todas las gentes. El que creyere y fuere bautizado, se salvará". Desde aquel día solemne y grande de Pentecostés el mundo entero es ancho campo de misión, tierra de labranza para estos y otros obreros evangélicos. Los apóstoles así lo comprendieron; por eso se lanzaron al Asia, al Africa, a los pueblos de la vieja Europa. Roma ve entrar por sus puertas al viejo pescador de Galilea, quien coloca en ella su sede, la sede del Cristianismo; Atenas oye la voz autorizada del Apóstol Pablo en el Areópago; la India, las Galias, Hispania, Germania, Bretaña son recorridas en todas direcciones por los embajadores de la Buena Nueva. En todas ellas es arrojada la semilla del Evangelio por unos hombres sencillos, pero que asistidos por el Espíritu de lo alto hablan palabras eficaces de vida eterna; predican con noble entereza a Cristo Jesús Crucificado. Fué aquel el primer paso que daban las misiones. Y desde entonces hasta nuestros días la voz de los misioneros ha resonado por todas partes. Sí, también hoy día el misionero católico se lanza decidido y valiente a los campos de la gentilidad, anunciando las verdades del Evangelio, predicando a Cristo Jesús Crucificado. Son los nuevos apóstoles, que como los de hace veinte siglos, sienten en sí mismos la asistencia del Espíritu Santo.

MISSIONARIUS.

La Obra Misional en Nuestros Días

La obra misional llevada a cabo por la Iglesia durante los veinte siglos que cuenta de existencia, ha estado llena de dificultades, sembrada de espinas. San Pablo, en Atenas y en Roma, encontró abierta y sistemática oposición de parte de los gentiles; los sabios de Grecia, los poderes del gran Imperio Romano no podía aceptar de buenas a primeras, doctrinas tan peregrinas poi él predicadas; por eso más de una vez, las sometieron a discusión.

El misionero en nuestros tiempos se encuentra con parecidas y, en ocasiones, mayores dificultades y con los mismos obstáculos de entonces y de siempre.

No se vaya a creer que los pueblos gentiles están con los brazos abiertos, esperando la llegada de los misioneros católicos, para entregarse desde un principio, como niños dóciles, en sus manos, y abrazar desde luego las enseñanzas que propone. En ocasiones sucede todo lo contrario, porque es abierta oposición, lucha declarada, guerra tenaz, de ideas, de principios, de tradiciones y de costumbres. Por eso la verdad de aquellas palabras del P. Captier, uno de los últimos misioneros mártires, se impone con la elocuencia de los hechos: "En donde el imperio del hombre ha reemplazado al imperio de Dios, tended un paño mortuorio y escribid: Aquí está el bajo imperio, aquí esta la ruina".

Prejuicios de raza, costumbres y tradiciones que cuentan con centenares, tal vez, con miles de años de existencia, una cultura refinada en algunos pueblos, y siempre y en todos, los principios y las ideas recibidos de sus mayores, presentan el gran obstáculo a la obra del misionero. Eso, sin contar con la corrupción de costumbres, que de ordinario, es la mayor y la más grave de las dificultades para implantar la moral pura del Evangelio, las costumbres morigeradas del cristianismo.

No pasan desapercibidas estas cosas para la Iglesia ni son desconocidas para el misionero; antes al contrario, comprendiéndolo todo, tratan de llevar con fortaleza y suavidad su empresa adelante. Para que los ministros del Evangelio puedan llenar a cabalidad su ministerio, quiere en ellos adecuada preparación. Por eso dice Benedicto XV en su Enclíclica sobre las Misiones: "Sobre este punto no podemos seguir al que sostiene que, para predicar la fe de Jesucristo a los pueblos menos cultos, no hay necesidad de gran bagaje de conocimientos. La extensión de su saber aumentará su crédito ante los fieles, especialmente si vive en un país que honra y estima las cosas del pensamiento".

Estas normas pontificias han sido puestas por obra, dando resultados íntimamente satisfactorios. Hoy día se presenta el Misionero con todos los recursos de los modernos adelantos y de los conocimientos que hacen más eficaz su ministerio. Pero por encima de esta preparación adecuada a los tiempos, lleva consigo la fuerza y la eficacia de la divina gracia y de los auxilios de lo alto, contando, por otra parte, con los recursos del pueblo creyente, que a su lado está con la oración ferviente, la plegaria constante.

La misma Iglesia tiene organizada esta campaña de oraciones en las grandes Obras Misionales Pontificias y en la intención Misional de cada mes, para recabar por estos medios los auxilios divinos, y hacer que la labor constante del Misionero sea eficaz.

En la grandiosa conquista del mundo pagano para Jesucristo que el ejército de misioneros lleva a cabo con tesón digno de tan noble causa y en la dilatación del reino de Cristo, nosotros, cuantos tenemos la inefable dicha de gozar del don inapreciable de la fe, no los dejemos sólos ni permitamos que el desfallecimiento se apodere de sus corazones. Con ellos debemos estar formando parte de la retaguardia de las milicias católicas. Así nos lo recomienda eficacísimamente el Papa Benedicto XV, al decir: "Importa ante todas las cosas que los fieles se convenzan del deber sagrado que les incumbe de ayudar a las misiones en territorio pagano, porque "Dios ha impuesto a cada cual el deber de interesarse por su semejante". Y es tanto más imperioso este deber cuanto más sumergido se halla el prójimo en una gran angustia".

Y mientras que ellos, los Misioneros, van roturando el campo, arrancando las malezas, sembrando la buena semilla y regándola con sus sudores y hasta con su sangre; hagamos nosotros descender el riego de lo alto, por medio de la oración. Las dificultades han crecido y se han multiplicado a causa de las circunstancias anormales por las que atraviesa el mundo; para las Misiones ha sido esto una verdadera contrariedad, por razones más que conocidas; pues tratemos de vencer y hacer que sean vencidas estas dificultades, interponiéndonos entre Dios y los hombres, por medio de la oración más constante y más fervorosa.

FR. ANTONINO MA. DE MADRIDANOS

O. F. M. CAP.

UN LIBRO DE HISTORIA



Y UNOS COMENTARIOS

No creemos fuera de lugar incluir en el cuerpo de la Revista estos apuntes bibliográficos sobre la última obra histórica del R. P. Cayetano de Carrocera; pues forma parte notable de sus capítulos la narración de los hechos de nuestros misioneros en la conversión de las tribus aborígenes y en la formación de pueblos que alcanzaron increíble desarrollo.

La obra histórica que aquí comentamos es la que acaba de publicar el R. P. Fr. Cayetano de Carrocera, Misionero Capuchino: *Memorias para la Historia de Cumaná y Nueva Andalucía.* Su autor es Miembro C. de la Academia Nacional de la Historia y de los Centros Históricos de Pasto (Colombia) y Larense de Barquisimeto.

Causa ocasional de la aparición de este libro fué la reciente gloriosa fecha con que la ciudad de Cumaná, sacudida en todas sus fibras patrióticas, avivó energías, ideó actos públicos, preparó homenajes, desplegó banderas, cantó, rezó, lloró y rió con desbordamiento incontenible; para festejar, de manera preclara, el sesquicentenario del Natalicio del más distinguido de sus hijos: Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho.

El Gobierno del Estado halló en la publicación de las "Memorias. . ." del P. C. de Carrocera, preciada ofrenda digna de tan grandioso centenario y costeó su impresión, sin regateos, con entusiasmo y elogios muy expresivos, tal como señala el Decreto inserto en las primeras páginas del Libro; porque "*representa un precioso aporte en la biblioteca histórica nacional*", ya que, "*nada más propicio que la publicación y divulgación de esta obra que constituye una fuente segura de información histórica acerca de los orígenes y desarrollo de la antigua Provincia de Cumaná*".

Comentando esta determinación, dice el Br. Alberto Sanabria, Académico Nacional de la Historia, en el jugoso prólogo de la edición susodicha: "Tan acertada disposición del Ejecutivo sucrense merece las más justicieras felicitaciones y calurosos aplausos". Vayan los nuestros sinceros y sonoros; porque no se puede mirar con indiferencia el noble proceder del Dr. Angel R. Bustillos G., quien, como Presidente del Estado Sucre, aprovecha la ocasión para premiar el mérito de un escritor de bien timbradas ejecutorias, puestas al servicio de la tierra cumanesa; por la cual ha sacrificado éste sus mejores años en provechosas investigaciones de archivo, traducidas en múltiples artículos de prensa y en sus dos mejores obras de carácter histórico. Así debe ser honrado el que honra a un pueblo con su saber y con el esfuerzo, desinterés y tesón que el P. C. de Carrocera ha puesto siempre en manifestarlo, cual si estuviera vinculado con amor de nativo a la Primogénita del Continente.

Divide el autor su obra en dos partes. La 1ª es reproducción de la que él mismo diera a la publicidad en el año de 1926, cuando logró recoger, de uno y otro lugar, diversos artículos, apuntes y demás escritos del sabio polígrafo cumanés Pbro. Dr. Ramos Martínez, y consiguió acoplarlos dándoles unidad histórica con su correspondiente sumario y notas aclaratorias. ¡Improba tarea, que exigió repetidos viajes a pueblos apartados, con el fin de examinar archivos, indagar en bibliotecas, desempolvar papeles y ser importuno en casas particulares donde tal vez pudiera tener albergue la codiciada caza! Con esto pudo salvar del olvido y hasta del exterminio algo de lo mucho que aquel docto levita había dado a la prensa o conservaba inédito, desde su ordenación sacerdotal en 1861 hasta su muerte en 1903, y que hoy ya se consideraría perdido para siempre.

Dan comienzo los escritos del Pbro. Dr. Ramos señalando la anexión que, para su gobierno espiritual, hizo de las regiones de Paria y Cumaná al Obispo de Puerto Rico el rey Carlos V, el año de 1520, y termina con la relación sucinta de la Parroquia de Altagracia de Cumaná y su notable progreso en 1863. Van mezclados en estos estudios datos muy importantes, tanto en lo que se refiere a la historia eclesiástica de aquellos extensos territorios como a su historia civil. En esta segunda edición intercala el P. C. de Carrocera notas aclaratorias, interesantes adiciones y rectificaciones de gran valor histórico.

Resalta en los escritos del Pbro. Dr. Ramos la corrección y sobriedad de estilo, como natural emanación de aquella gran virtud que fué la característica de su vida: la modestia. Su juicio es certero y la imparcialidad brilla en su ética de historiador responsable; jamás la pasión mueve su pluma y en el zaherir la acción de sus compatriotas, seglares o sacerdotes, encuentra siempre la frase apropiada dentro de la caridad y justicia, sin dejarse llevar por exagerado patriotismo cuando analiza épocas donde otros hubieran desbarrarrado; porque es difícil conservar la ecuanimidad en un ambiente saturado de recelos y teniendo que luchar con sentimientos tan encontrados.

La 2ª parte comprende 387 páginas de abundante material y rico venero de anotaciones interasantes, donde el P. Cayetano de Carrocera deja correr su pluma con la espontaneidad del que vierte sobre el papel hechos que forman la historia de un pueblo en glorioso pasado y al cual estima con aprecio de compatriota, porque unido a él ha convivido muchos años, hasta en las horas trágicas que siguieron al terremoto de 1929. Narra en aquélla sus viajes de investigación histórica; hace descripciones minuciosas de lugares pintorescos y de templos coloniales; expone la genealogía de algunas familias cumanesas de abolengo levítico; presenta lista completa de cabildos o ayuntamientos, año por año, desde 1761 hasta 1815

inclusive da noticia clara de la fundación y desarrollo de pueblos y ciudades de la Nueva Andolucía, como de las de Carúpano y Cariaco, de reconocida antigüedad e importancia; se extiende en detalles sobre la tribu de los Chaimas, una de las más numerosas de las naciones indígenas etc. etc.

Hay que notar: que, al hablar de los indios guaraúnos, —en la página 553, línea 28— hace el autor una afirmación, tomada tal vez de Humboldt, de que aquellos indígenas fabrican sus ranchos en los árboles. Nuestros misioneros, familiarizados con los habitantes de las dilatadas regiones a que dan vida los caños del caudaloso Orinoco, niegan este aserto del sabio naturalista alemán, y así lo desmiente Monseñor, Angel Turrado, —misionero por muchos años entre dichos salvajes— en su reciente libro: *Etnografía de los indios guaraúnos.*

Entre los documentos transcritos por el P. C. de Carrocera en esta 2ª parte, aparecen dos de gran valía para el historiador diligente: 1o., la Relación que hace Lope de Varillas el año de 1569 sobre la conquista y población de Nueva Córdoba y 2o., el Testamento del padre del Gran Mariscal, que respira ferviente espíritu católico y que da preferencia a Antonio José Sucre "*por los infinitos beneficios que me ha hecho durante la emigración*", honrando así, sobre todos sus hijos, al que más tarde había de enaltecer con magníficos honores la patria agradecida.

En todo el libro, pero con más minuciosidad y extensión en esta 2ª parte, se ve brillar con caracteres que deslumbran, la tenaz y fructífera labor, espiritual y material, de los misioneros franciscanos que, de un extremo al otro de Cumaná y la Nueva Andulucía, vertieron raudales de heroismo y dieron a la patria toda una vasta región de pueblos civilizados por éllos y a la Iglesia católica millares de hijos sumisos, de profunda raigambre cristiana, merecedores de la independencia que supieron conquistar con su valor y esfuerzo.

La mayor parte de estos escritos del P. C. de Carrocera fueron ya publicados por él separadamente en periódicos y revistas nacionales y extranjeras, al correr de los años de su larga vida de publicista; y los ha coleccionado en esta nueva edición junto con otros que conservaba inéditos. Su estilo es claro, natural, reposado y comedido, con la seguridad del que pisa firme por terreno conocido, y con la satisfacción del que da un vistazo en día primaveral a su rica hacienda. Camina despacio, sin precipitaciones; no sabe de marchas forzadas porque jamás rehuye la dificultad sino que le hace frente deteniéndose el tiempo necesario para vencerla, armado de una gran cultura histórica venezolana y abastecido de bien provista documentación manuscrita. Delicado en sus citas, nunca pasa por alto la persona que se las diera ni el lugar o libro de donde las tomara; prefiriendo la nota de pesado al rubor de vestirse con ajenas plumas, aun cuando tenga la seguridad de que nadie aparecerá para reclamárselas.

Es de lamentar que la brevedad del tiempo y lo voluminoso de su libro no hayan permitido al autor insertar allí lo que hubiera sido cierre magistral y acabado complemento del mismo: la historia de los 28 años de pontificado del primer obispo de la diócesis de Cumaná, —con anterioridad su Administrador Apostólico—, Excmo. y Rvmo. Mons. Dr. Sixto Sosa. Pontificado de gloria inmarcesible, que, al difundir los resplandores de su anillo jerárquico, hacía ver la sencillez del hombre justo, la humildad del Pastor que se daba por sus ovejas: virtudes forjadas de un intenso amor al trabajo; porque para entregarse a él contaba el tiempo como se cuenta el dinero. Y así pudo escribir aquella serie de voluminosos cuadernos, en los que anotaba, día por día, lo que ha de constituir en lo venidero la mejor documentación de la historia moderna eclesiástica de la Iglesia en Cumaná. El que fundó la Congregación de las Religiosas Carmelitas y su Colegio; el Seminario diocesano y la magnífica Catedral; puso la primera piedra de las iglesias de Altagracia y Caigüire, las bendijo solemnemente y las vió ya casi del todo terminadas; trajo a los RR. PP. Paules para la formación de su clero y éstos le obsequiaron con la fundación de un Colegio de 2a. enseñanza, de tan positivos resultados en la formación de la juventud cumanesa.

FR. VICTORINO DE S. MARTIN

O. F. M. CAP.

NOBLE ACCION DE UN INDIO GUARAUNO

El protagonista de esta verídica historia se llama José *Rico*, pero que es más *pobre* que las ratas, pues no tiene ni donde caerse muerto.

Goza fama de maluco entre indios y criollos; temible para los primeros, por considerarlo gran *doctor*, poderoso *brujo*, omnipotente *güisidatu*. Pero como hay días en que uno se excede lo mismo para el bien que para el mal, así ni más ni menos acaeció a nuestro héroe guaraúno.

Día 15 de agosto de 1944. Día trágico y aciago para un comerciante-agricultor venezonalo, que vive no lejos de la Misión de San Francisco de Guayo. Dos desgracias cayeron sobre él al mismo tiempo: el hundimiento de una lancha cargadita de arroz y la quema del comercio y casa de familia.

Al saber la noticia de que la embarcación se había ido a pique, toda la gente de los contornos acudió en auxilio, excepto algunas mujeres, que permanecieron en la casa. La mujer del comerciante, para que la empresa del salvamento tuviera mejor éxito, prendió unas velas ante el altar de la familia. Y aquí estuvo precisamente el mal, en el descuido de estas velas; una de ellas produjo el incendio, comenzando por el altar y extendiéndose a toda la casa que era de madera, manaca y palma de temiche.

Allí no se salvó nada; casa, comercio, tambores de gasolina, telas, comestibles, baules, dinero, todo pereció.

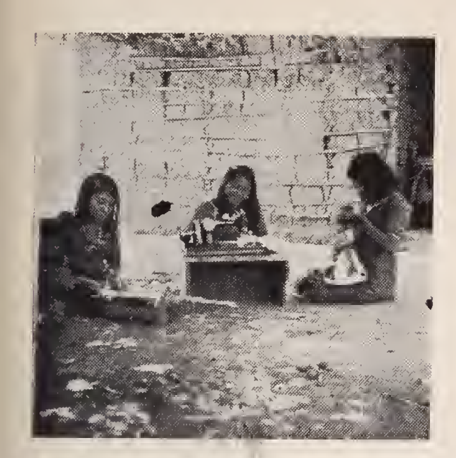
Los dueños se quedaron con lo que llevaban encima, sin mudas, sin chinchorros. Una verdadera desgracia en toda forma.

Al tener noticias de tamaño fracaso, amigos, vecinos y conocidos acudieron en ayuda del infortunado.

También acudió a su lado el P. Rodrigo de Las Muñecas, movido por sentimientos de caridad cristiana, llevando consigo al indígena José Rico, gobernador del pueblecito guaraúno de San Francisco de Guayo.

Al ver el indio aquella desgracia, se llevaba las manos a la cabeza y decía entristecido y lastimero:

—Akay, kompae, sanera; akay, kompae, sanera: ¡Ay! pobrecito,


También las indias del Caroní saben coser a máquina

compadre, ahora sí estamos... (y a cada exclamación, soltaba una palabrota de grueso calibre, que él consideraba de compasión).

Luego, oyendo hablar de que aquella noche no tendrían ni donde dormir, José Rico, que es muy avispado, y coje al vuelo las moscas, se acerca al infortunado comerciante, y le dice: —No tengas cuidado; yo mismo te traeré dos nuevos chinchorros".

Y sin más palabras se desliza en su curiarita, rema con algunos de los suyos durante toda la noche hasta San Francisco de Guayo, y retorna a la mañana siguiente, trayendo en el *torotoro,* los dos ofrecidos chinchorros, que, aunque no grandes ni muy blancos, eran buenos y remediaban una necesidad.

Acción tan simpática y espontánea conmovió de tal manera al comerciante, que tomando de la mano a Rico, le decía: ¡Gracias, José Rico! ¡Dios te lo pague! Pueda que algún día, te lo pague yo cien doblado, pues has hecho una acción noble, desinteresada y buena, que no han hecho muchos civilizados, que pudieron hacerla, como tú, a poco costo y sin ningún trabajo.

Este acto tan encantador y bello, impropio de un indígena, habla muy alto a favor del temible brujo guaraúno.

De donde deduzco yo, que el *pobre* José *Rico* no debe ser tan maluco ni de tan ruines sentimientos como cuenta la fama.

FR. GASPAR MA. DE PINILLA

MISIONERO CAPUCHINO

MI TERCERA VISITA A KAMARATA

—::—

IV

¿CURAN REALMENTE LOS PIACHES?

No hay duda que los indios tienen gran fe en los piaches, pues los creen dotados de una ciencia oculta, de los otros ignorada, y que conocen las artimañas de los kanaimas, quienes matan, según ellos, a los indios. Yo mismo he dado algunos remedios con los que evidentemente han sanado, y porque el piache les cantó una noche, han atribuído la curación, no a los remedios, sino a los ensalmes del piache. Tengo para mí que los mismos milagros, que no fueran de primer orden, tendrían poca aceptación entre estos indios, siendo capaces de afirmar, que eso mismo hacen los piaches. Por otra parte, los piaches son vivos, y generalmente acuden a los enfermos cuando el caso no es grave, y cuando lo es, tienen algún pretexto para no atenderlo, y si muere, la culpa es de algún kanaima, que es más poderoso que ellos o de otro piache más sabio, que desde lejos les está haciendo oposición. Aun entre los indios más ignorantes, hay algunos que conocen la eficacia de ciertas hierbas, conchas de árboles, etc., propias para curar fiebres, llagas, y de este conocimiento no carecen los piaches.

EL HACHA CANDENTE

Mucho me llamó la atención un remedio usado por el Capitán de Uompamota, Rafael Potoko Lanz, para curar a un hijo suyo, enfermo del pecho y garganta, y consistía en poner un hacha al fuego hasta que estaba al rojo vivo, al sacarla del fuego le echaba agua para que subiera el vapor hasta el muchacho. El remedio se lo había dado el piache más famoso de la Gran Sabana. El enfermo no se curó; pero el caso me hizo pensar que tenía mucha semejanza con las inhalaciones prescritas por la medicina, o con los vapores de agua que a veces mandan aplicar los médicos.

OTRAS HABILIDADES DE LOS PIACHES

Cuando no hay caza cerca de los caseríos, una de las indias más viejas hace un guarapo fuerte de caña; se lo da a beber al piache, quien, iluminado en medio de la oscuridad, empieza sus cánticos, llamando a los jefes de los váquiros, venados, etc., los que de ordinario nunca vienen sólos. Es por otra parte, rara la habilidad que tienen los indios para imitar el canto de las aves, el gruñido o bramido de los animales; por eso al reclamo del piache acuden manadas de váquiros y de otros animales de la selva, cuya caza mucho apetecen los indios; pero que en manera alguna pueden cazar, dada la oscuridad que por todas partes los rodea.

CAUSAS DE LA BRAVEZA DE LOS MAVARITONES

Por lo dicho anteriormente, se deduce, que los mavaritones son unos espíritus, que viven en los cerros, que causan algunas enfermedades y que son amigos de los piaches. Pero a estos espíritus hay que tratarlos con delicadeza y consideración, pues fácilmente se ponen bravos. Si al pasar por una quebrada o cerca de ella, arrojas conchas de cambures, piñas u otras frutas en ella, el mavarí monta en cólera y comienza a disparar truenos, rayos y relámpagos. Es que a él no le gustan las conchas, sino la fruta. Si cae un poquito de ají en el agua, bien pronto se forma una formidable tempestad, como prueba de que Mavarí está irritado; y es que a él le gusta mucho el ají, y arrojar poco al agua es que se le desprecia; por eso cuando a uno por descuido se le cae algo de ají al agua, para evitar la indignación, lo arroja todo y de ese modo queda contento. Por lavar la ropa en una quebrada, donde no hay costumbre, por matar un perro de agua y por otras muchas cosas, los mavaritones se ponen bravos.



La pequeña, rústica y simpática Capilla de San Rafael de Kamarata

UN RARO REMEDIO

Varias veces visitando a los enfermos, he visto sujetas con las varitas, por medio del cuerpo y alineadas de siete y de a doce, esas hormigas que los indios llaman irak, *y los criollos* veinticuatro, *porque su picadura causa intensa fiebre que dura veinticuatro horas. La experiencia les habrá enseñado, que es un buen remedio... A mí me costaría mucho cambiar la fiebre por la picadura.*

DE REGRESO

Cuatro semanas había yo permanecido con mis indios kamarakotos. Por otra parte casi con todos ellos se habían ido al río Akanán con sus haces de barbasco, para allí machacado, arrojarlo al río y pescar. Pero cuando más dispuestos estaban a esta faena caía un buen aguacero que se lo impedía, permaneciendo así varios días. En vista de que eran pocos los indios que quedaban en los caseríos, resolví regresar a la Casa-Misión. Los indiecitos, niños y niñas, todos querían venir con nosotros, parte por el cariño que me habían cobrado, parte también porque habían visto los retratos de las Casas-Misión con los Padres, Hermanas, niños y niñas con sus aseados y bonitos vestidos. Aun cuando encontré algún obstáculo, principalmente de parte de los abuelos y abuelas, que creen no volverán más sus nietos, logré me entregasen dos muchachos, Sebastián el uno y Panchito Miranda el otro.

POR EL CAMINO

El 21 de marzo a mediodía pasamos el río Akanán y penetramos de lleno en la montaña. El camino estaba de lo peor. Al tercer día el cielo se desató en lluvia, de modo que cuando llegamos a unos ranchitos, estábamos calados hasta los huesos. El cuarto día de regreso fué la despedida de unos de los indios que nos acompañaban. Uno de los indiecitos que traíamos para la Misión, al separarse de los suyos, dió a llorar, —muy natural—; pero logramos tranquilizarlo y después siguió contento. Seguíamos tranquilos nuestro camino, cuando en medio del sendero ví algo que me pareció una fruta amarilla. Se me ocurrió preguntar al compañero más cercano, si aquella fruta se comía. Y cuando él vino a mirarla, vió que no era fruta ni cosa parecida, sino una culebra que comenzó a deslizarse por el punto donde necesariamente teníamos que pasar. La matamos y seguimos adelante.

SINGULAR RECIBIMIENTO

¿Singular, he dicho? Y de cuidado fué este recibimiento momentos antes de llegar a la Casa-Misión, porque al llegar al campo de aterrizaje un avispero que había cerca del camino se alborotó de tal forma, que las avispas cayeron furiosamente sobre nosotros, que pasábamos por su lado en son de paz. Cuatro me clavaron el aguijón, dejándome dolorido y mal parado.

Del que nos hicieron en la Casa-Misión nada digo. Previsores todos, nos mandaron un expreso con abundante comida; pero no fué necesaria ésta, pues, gracias a Dios, en medio de las privaciones, nada nos faltó.

Y con esto pongo punto final a esta narración.

FR. EULOGIO DE VILLARRIN

MISIONERO CAPUCHINO



MISIONES SALESIANAS DEL ALTO ORINOCO

LOS VAQUIROS O UNA AVENTURA SIN CONSECUENCIAS

Los váquiros, son animales paquidermos, que al igual que sus hermanos domésticos, los marranos, —que, con perdón de ustedes, así los llaman—, tienen muchos nombres.

Se les llama pecaris, sahinos, pecaríes; como aquéllos son de sabrosas carnes y se la pasan hozando en lugares húmedos; las cerdas del pescuezo difieren de las de sus paisanos de raza amansados, pues son ásperas y más bien, parecen fibras vegetales semejantes al chiquichiqui. Finalmente los váquiros son rabones.

Pues bien; esos váquiros así pintados, sin rabo y hozadores, nos brindaron una aventura, que les costó la vida a quince de ellos, y a nosotros proporcionó excelente sancocho, aparte de otros platos.

Estaban entregados a sus faenas agrícolas nuestros hortelanos, cuando de pronto viene a distraerlos un ronquido, que por momentos se hace más compacto y sonoro. El Hermano que atiende a los asilados, y que por ser forastero, aun no conoce los váquiros, ni sabe de su poca acometividad, levanta los ojos a los árboles, cual si quisiera encontrar en alguna bandada de pájaros allí posados la causa de los ronquidos o graznidos.

No así los indígenas que, a tiro de ballesta los distinguen y dicen:

—Son los váquiros, Hermano.

Y sin aguardar órdenes, se lanzan a buscar machetes y hachas con que preparar su agosto. Así era en verdad; un ejército de marranos silvestres y gruñidores, salidos de una zanja, irrumpe por la llanura, bien así como se desparraman clamorosas por los campos las aguas torrenciales al salir del cauce estrecho que las aprisionara.

Una piara, pues, de váquiros, que da indicios de no acabarse nunca, inunda la planicie. Mientras esto sucede, el Hermano que nada sabe de los instintos de los invasores, por si acaso, anda todo desconcertado entre mil apuros y busca un lugar seguro de salvación. Lo único que encuentra es el tronco de un árbol derribado, que no levanta del suelo más de dos metros. A él se abraza con todas sus fuerzas.

Pasan los váquiros cerquita, cerquita, y el Hermano sigue abrazado al tronco. Hozan aquellos, y él tiembla, pues juzga que le están socavando el lugar de su refugio. Gruñen ellos, y el pobre Hermano, da en tierra con su pobre humanidad, más muerto que vivo.

Los váquiros, que están del todo ajenos al miedo del caído y no aguardaban semejante huésped, huyen precipitadamente, dejándole el campo completamente libre. Repuesto el buen Hermano de la caída y del susto, comprende la cobardía de sus temidos enemigos, y se convierte en valiente general, que grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—Valor, muchachos, traigan machetes y hachas.

Pero los muchachos ya estaban preparados para el ataque y tal era el furor en arremeter contra los animales y la destreza en matar que el campo quedó sembrado de váquiros.

Quince fueron los muertos; muchos pudieron huir, pero también muchos marcharon heridos y mutilados.

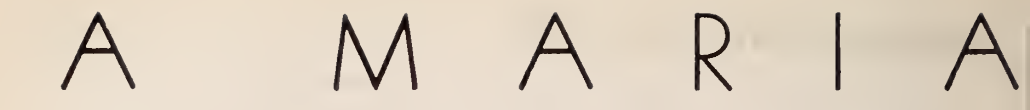
Durante varios días consecutivos una bandada de zamuros cerníanse sobre el bosque, en busca de carne de váquiro.

Esta es la famosa aventura de los váquiros.

Puerto Ayacucho, marzo, 1945.



El taller de carpintería en la Casa-Misión de Puerto Ayacucho.



Virgencita Ideal,
la del amor inmenso
para la humanidad;
la misma del Pilar
y de Juan Diego,
Lourdes y Portugal.

Tú, la Estrella del mar,
Pastora y Guía
del mundo peregrino,
señálale el camino
con tu dulce mirar...



Tú, la Reina del Cielo,
la del vestido blanco
exornado de azul;
cubre Tú las miserias de este suelo
con el inmenso manto
de ese tu regio tul...



Virgen Inmaculada,
la del rosario blanco
en la mano lilial,
como cuentas de aljófar
sobre el níveo cristal
de un pétalo de rosa...



Madrecita querida!
la de mirada pura,
—de hondo dolor aguda
y ungida de dulzura—
Tú que sabes de angustias y dolores,
vierte en mi ser tu bálsamo de amores!!



ADONICO HAIS.

Rdo. P. José Manuel de Villaverde



Una nueva nota de duelo traemos a nuestra revista y llevamos al conocimiento de nuestros lectores.

Uno de los veteranos nos ha dejado, pasando a mejor vida.

El Rdo. P. José Manuel de Villaverde, que se ausentó de nuestro lado, ha puesto el luto en nuestros corazones. Y nos ha dejado, después de decirnos adiós, y luego de haber trabajado en Venezuela por espacio de cuarenta y cinco años largos, en distintas regiones de la Nación.

Fué el 13 de setiembre de 1899, cuando llegaba el P. José Manuel con algunos religiosos más, a esta nuestra Residencia de Caracas, y desde luego y en plena juventud, se lanzó al trabajo de la predicación, del confesonario, de la asistencia a los enfermos de día y noche.

Cuando poco después se fundó la Residencia de Maracaibo, allí fué destinado el P. José Manuel, teniendo que pasar por trabajos y privaciones, que supone toda obra en sus comienzos. Pero allí estaba él con todos los arrestos y entusiasmos de su juventud. Y allí trabajó mucho y bien. Nos lo han repetido cuantos lo conocieron en aquellos años.

De allí salió más tarde por orden de los Superiores para iniciar otra nueva fundación en San Cristóbal, donde apenas permaneció cortos meses.

En el curso de estos cuarenta y cinco años, ha ejercido el P. José Manuel distintos cargos dentro de la Orden Franciscano Capuchina; tales como Custodio Provincial, Superior de distintas Casas: Caracas, Maracaibo, Valencia.

En todas partes donde la obediencia de los Superiores lo ha colocado ha trabajado como bueno. Su ministerio ha sido siempre lleno de caridad y de suavidad. Porque su carácter suave y sencillo sabía atraer hacia sí las almas.

Ultimamente la enfermedad lo traicionó. El se creía aún con fuerzas; pero éstas le faltaron; porque era el corazón el que fallaba y le ahogaba.

Y así plácidamente, como había vivido; tranquilamente, como se había deslizado su vida, se apartó de nosotros el día 17 de abril.

Pedimos a nuestros lectores una oración por el eterno descanso de su alma.

P. A. M.

LOS INDIOS PEMONES DE LA GRAN SABANA

¿Los indios son limpios o desaseados?

A boca jarro nos hacen la pregunta y a boca jarro respondemos a nuestro interrogante que el indio típico y su típica vivienda, sin llegar a los remilgos de nuestra higiene, no se les puede motejar de sórdidos y desaseados a boca llena. De este mismo parecer es el autor de "Los Kamarakotos", tan exactamente observados por él en todo lo externo y visible en pocas semanas de convivencia.

Afirmar, como lo hacen algunos, que los indios son animales inmundos, que vegetan en la sordidez, que aborrecen la limpieza y el jabón, etc., es hablar de memoria, repitiendo viejas cantinelas, más o menos verdaderas según las tribus a que tales epítetos se apliquen. Por mi parte no puedo menos de confesar que en la generalidad de las rancherías motilones, visitadas el año 1943, la limpieza, aún comparada con la de los Pemones, andaba a la altura del betún.

El refrán popular nos advierte que "toda comparación cojea de alguna pata", pero mucho más cojeará si se quiere comparar lo que no admite parangón. Por este motivo no debe compararse, v. gr., la higiene y limpieza de los indios con la de un médico o palaciego. El indio debe compararse con la gente pobre de nuestras ciudades o, mejor aún, con nuestra gente de campo. Así parangonados los indios, nos atrevemos a sostener que superan en muchos grados la sordidez del hampa de las grandes urbes y alcanzan más o menos el nivel de la gente humilde de los campos.

Pero sucede que, en general, los que visitan a los indios son gentes del cogollo, gente de fanal que llevan consigo casi todas las comodidades y que, por ende, sufren un choque muy violento al encontrarse de buenas a primeras con la vida campestre y verse al lado de los verdaderos *terrícolas*, que viven "nudi in nuda humo". De ahí que regresan hablando horrores de los indios. En cambio los habituados a vivir entre ellos y como ellos constreñidos por las duras realidades de la vida, hablan o hablamos con más benignidad o menos dureza de los indígenas. Así, v. gr., el P. Carry-Elwes, S. J., dice de las indias de Teuonó —falda del Roroima— que le recordaban las amas de casa de su Irlanda y de las tierras de Normandía.

Por otra parte, cosas tan ridiculizadas como el mojar el casabe todos los comensales en la misma olla o escudilla y beber de la misma camaza o taza, forman aún la etiqueta de la mayor parte de la humanidad y nos recuerda el bíblico "qui intingit manum mecum in catino". Y el kachirí masticado, que ya casi todo cedió su lugar al deshecho con molinetes o paletas de madera, no podrá menos de traernos a la memoria las papillas, que no hace muchos años se daban a los niños, o quien sabe si aún se les dan.

Además, estas cosas ni son tan repugnantes ni tan peligrosas como se supone. Y así, v. gr., Ramón y Cajal, que en una humorada suya definió el beso como "un intercambio de microbios bucales", contra los que tomaron la cosa demasiado en serio declaró después en sus "Charlas de Café" que los tales microbios eran inofensivos desde el punto de vista higiénico.

Otro tanto podríamos decir de las grotescas pinturas con onoto, caruto y otros tintes vegetales, usados por varones y mujeres para adorno personal en días de baile y en épocas de enamoramiento, pues no son tan distintos de los coloretes y ungüentos de nuestras dulcineas.

Y los gusanos, que se desarrollan en los troncos derribados del moriche y otras palmas en fermentación natural, los bachacos y otros insectos semejantes en la época de su desove, las crías de ciertos insectos en estado de larvas o ninfas, de que se alimentan los indios, ni en su procedencia, ni en el olor o sabor, (hablo por experiencia) tienen nada de repugnantes o de inferiores al queso de gusanos, v. gr., tan apetecido en algunas comarcas de Europa. Todo es cuestión de costumbre!

Los indios en su vida natural usan frecuentemente del baño; y les repugna grandemente el olor a puerco-espín, que así llaman al sudor axilar, y que es uno de los motivos de su aversión a los individuos de raza negra. Pero oler a humo es cosa inevitable en sus personas y casas y hamacas, pues con mucha verdad y no sin cierta gracia dicen ellos mismos que el fuego es su cobija.

Las indias conocen la escoba, *tutumai* o *patá kuimatok*, y en torno a la casa, a 10 o más metros, van formando con las barreduras, mondas y conchas un borde donde brotan generalmente matas de algodón, tabaco y cucurbitáceas y a veces algunos lirios rojos, llamados *pareurai*.

Verdad es que no siempre logran los indios verse libres de los parásitos vulgares, cuyo origen atribuyen a los zamuros, sobre todo las mujeres que nutren largas cabelleras, ni de las niguas, amigas del polvo y punto menos que inexterminables en los pisos de tierra. Pero, ¿acaso estos insectos, con el nombre de animales del monte, no continúan aún entre nosotros dando origen a muchos comentarios y acertijos?

Además las niguas en los niños varones son consideradas como augurio de que, cuando adultos, serán muy diligentes y trabajadores, y en las hembras, de que serán bellas mozas y muy solicitadas. Este es uno de los motivos de que a veces los niguatosos sean tenidos casi por elegantes.

Quienes conozcan bien la vida campestre comprenderán el no problema y la total inexistencia de utensilios para la satisfacción de las necesidades fisiológicas personales.

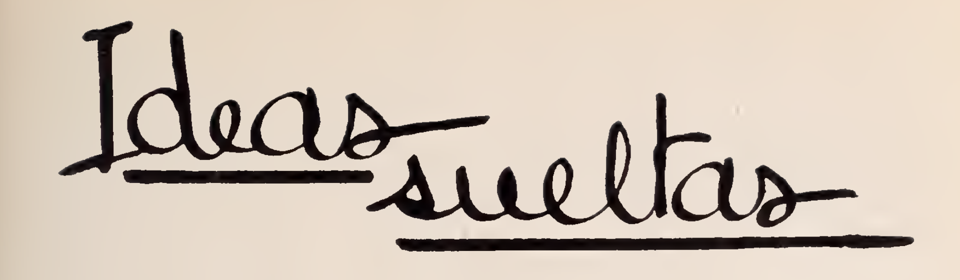
En corroboración de lo ya anotado por el observador de los Indios Kamarakotos, debo afirmar que los indios más sucios en sus personas y viviendas son casi siempre los semicivilizados, es decir, que ni viven en el estado de naturaleza ni han asimilado nuestra civilización, pierden lo que tenían y no adquieren lo nuestro más que a medias: tienen, v. gr., ropas y carecen de hilo y jabón, tienen zapatos y no medias, etc., etc.

Antes de terminar este somero estudio, debo advertir que por la ley natural del desquite los indios, finos observadores de nuestras costumbres y muy amigos del humorismo, hacen también burla de nuestras costumbres higiénicas y de algunas de nuestras comidas, que también a ellos les resultan repugnantes. Así, v. gr., la carne de puerco, los huevos, etc. También se ríen de nuestros corrales y chiqueros de animales domésticos, que no siempre están suficientemente alejados y que no huelen a ámbar ni almizcle. Y de nuestros W. C. campestres les he oído infinidad de sátiras muy parecidas al acertijo popular de "¿Qué cosa recogen los ricos, que tiran los pobres?", referente a las secreciones nasales.

Para ridiculizar a los tipos sucios, que alguno no falta entre los indios como en todas partes, que huyen del baño como el gato del agua y aborrecen la limpieza como el diablo la cruz, tienen el cuento del indio *kamotipán*, es decir, que le habían nacido hongos y calabazas, a manera de orejas por todo su cuerpo, que resonaban al caminar de tal manera que ahuyentaba la caza y la pesca y hubo de ser sometido por las ranas a un gran raspado y baño, tornándose entonces buen pescador y cazador.

FR. CESAREO DE ARMELLADA

O. F. M. CAP.



XVII

MARIA es la Reina de las Misiones Católicas; ella también fué misionera en los primeros años del cristianismo y en nuestros días.

* * *

AL pie de la cruz recibe de su Hijo el encargo de tomar a Juan y en él a todos los hombres por hijos suyos, ovejas predilectas de su rebaño.

* * *

MARIA es la dispensadora de todas las gracias que del cielo bajan a la tierra. El puesto que ocupa en el cristianismo no es meramente histórico, sino que además forma parte de su vida y de su fe.

* * *

MARIA es la madre de Jesús, es decir, del primer Misionero de la Iglesia.

* * *

SALVAR a los pueblos es el gran deseo de Jesucristo; también este es el gran deseo de María.

* * *

MARIA es la Reina de los Apóstoles . Este no es un título meramente honorífico, es una realidad, ya que en el Corazón de la Virgen Santísima vivió y vive ardiente el celo de evangelizar.

* * *

MARIA es la aurora de la mañana en los campos de Misión. Su figura junto a la de Jesús es lo primero que presentan los Misioneros ante las miradas curiosas de los infieles.

* * *

DE ella les hablan, como Madre que es de Jesús, y Madre de todos los hombres.

* * *

LOS gentiles quedan dulcemente embelesados ante la figura atrayente de esta Madre y por ella llegan hasta el Hijo.

* * *

CON razón se la ha presentado como Pastora de las almas. Pastora del redil de Cristo: de las ovejas que están dentro de este redil, de las que aun viven fuera y que es preciso introducir dentro. María es Pastora.

EL PEREGRINO DE UMBRIA

Los Hermanos de La Salle por Tierras de Misiones

Son muy conocidos los Hermanos de la Salle como perfectos educadores de la niñez y juventud en pueblos civilizados y sus métodos pedagógicos les han dado sello de distinción, acreditándoles de profesores capacitados para la enseñanza y seguros de empezar con éxito su magisterio allí donde otros Colegios llevan ya muchos años de vida próspera y bien cimentada. Lo que no conocen un gran número de nuestros lectores es la actividad que desarrollan estos Hermanos en países de infieles, obrando como verdaderos misioneros y siendo parte notable en la civilización de los aborígenes, al unir el trabajo de enseñanza al otro ministerial de los sacerdotes católicos.



San Juan Bautista De La Salle con sus predilectos, los niños

En el libro de oro, donde escribe la mano de Dios el balance diario de los que se dan por entero a la "Obra máxima" de las misiones entre infieles, aparece con un superávit de gloria el esfuerzo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en pro de la evangelización de aquéllos y de su mayor rendimiento a la vida ciudadana.

Es verdad que el Santo Fundador de los Hermanos no hizo alusión, ni en sus escritos ni en sus Constituciones, al apostolado de la enseñanza entre infieles por los Colegios de la Salle; porque tal vez no creyó fuera necesario especificar lo que ya iba totalmente incluido en el espíritu del cristianísimo Instituto. Le bastó a San Juan Bautista darle ser y forma para desarrollar la idea nobilísima que había nacido, por inspiración divina, en su mente y arraigado hasta el máximum en su corazón de Apóstol: dedicarse a la instrucción cristiana de los niños y jóvenes. Con lo cual no ponía límites al celo de los Her-

manos ni coartaba su libertad para que extendieran su apostolado a toda nacionalidad, sin distinción de color ni de credo. Por lo tanto, allí donde hallasen los Hermanos un joven o un niño que salvar, allí podían cumplir su altísima misión educadora, teniendo como campo dilatadísimo de sus actividades profesionales el mismo que señaló Jesucristo a todos los que luchan por extender su reino: "in mundum universum". "Id, y enseñad a todas las gentes e instruidlas para que guarden todo lo que yo he prescrito (1).

Así lo practicaron los Hermanos, aunque con alguna demora, es decir, cuando ya llevaba casi cien años de muerto San Juan Bautista de la Salle; porque era medida de sabia previsión lograr primero que su Instituto tuviese vida próspera en Europa y atender entonces con holgura — asegurada la retaguardia — al avance por naciones extrañas, donde no había llegado todavía o estaba en muy lento desarrollo la luz civilizadora de la verdad católica.

Era el año de 1719 cuando el Santo Fundador, sintiendo la atracción irresistible del cielo, había dejado la tierra y fué el año de 1816 cuando los Hermanos abrieron cauce a su expansión misionera y penetraron en el Océano Indico, estableciéndose en la isla de Reunión, para venir a ser parte principalísima en la civilización de numerosos esclavos negros que, hasta el estallido de la actual guerra exterminadora, todavía continuaban trabajando en florecientes plantaciones de azúcar, libres ya, sumisos a la fe católica y disciplinados a la autoridad civil.

El árbol genealógico de la Congregación para los lugares de Misiones señala 8 Distritos, que copiamos a continuación: el de la Reunión y de Madagascar, en Africa, con 10 casas; el de Alejandría, en Egipto, con 30; el del Congo Belga, con 9 y el de Tripolitania, con 6. "En Asía": el de Turquía Asiática, con 16 casas; el de la India inglesa, con 16; el de la Indochina, con 16; el de Palestina y Siria, con 14. A estos hay que añadir las posteriores fundaciones en el Japón, Mandchukuo, Addis-Abeba y Asmara.

Quien mayor auge dió al movimiento misional y recogió más abundante cosecha fué el Hermano Felipe, durante cuyo generalato (1838-1874) se desbordó la Congregación en corriente incontenible por Argelia, Cochinchina, Turquía, Egipto, Madagascar, Estados Unidos e Indias Orientales. Con tan maravillosos resultados, nada tiene de extraño la afirmación que, por aquel tiempo, hiciera uno de los misioneros más caracterizados de Singapur: "la escuela de los Hermanos es la que ha podido formar nuestra Parroquia

(1) Mat. XXVIII, 19; Marc. XVI, 15.

china". (1) *Y en 1845 escribió directamente al Superior General, Hermano Felipe, tierna y suplicante carta el Primer Vicario Apostólico en la península de Malaca, Monseñor Beurul: "Una de vuestras escuelas puede hacer inmenso bien al país". Y en otra ocasión: "En nuestro Vicariato tenemos empeñada lucha a muerte los protestantes y nosotros los católicos: es necesario, honorabilísimo Hermano, que nos ayudeis a salvar a los niños, la esperanza del país" (2).*

¡Ardua labor y paciencia de enamorados de su ideal presenta el magisterio de los Hermanos en tierras de Levante, dirigiendo Colegios en cuyas aulas se juntan católicos, musulmanes, cismáticos e israelitas! ¡Sabiduría que da la gracia y tacto que enseña la pedagogía lasallista para coordinar amalgama tan disconforme como la de budistas, paganos, protestantes y católicos en el Extremo Oriente, bajo idénticas enseñanzas y la misma disciplina! Con cuánta razón dice S. Pablo y qué social se nos muestra, si desentrañamos la filosofía de su expresión: "la piedad es útil para todo: guarda la promesa de la presente vida y de la futura" (3)

La piedad de los Hermanos de la Salle, afianzada en las tres virtudes fe, esperanza y caridad, rico patrimonio heredero de su Fundador y conservado en sus escritos, en su Vida y en sus Constituciones, dan el resultado práctico de hacer eficaz la enseñanza, mantener siempre en aumento el crédito de sus colegios y alcanzar la conversión de muchos de sus alumnos allí donde el ambiente, el clima, la disparidad de idea, los contrastes de costumbres, etc. presentan formidable resistencia.

Unos 1400 Hermanos Misioneros dirigen un centenar de Colegios, en los cuales reciben instrucción más de 50.000 alumnos; y lo que admira y resalta con aureola de divina fecundidad es que, de aquéllos, 400 hermanos aproximadamente son indígenas.

Estos datos, los he recogido, de una y otra parte, según el correr de la lectura, todos en fuentes de seguro informe: no son completos, pero demuestran que el espíritu misionero entra de lleno en la vida de la Congregación: espíritu de fuerza y de dulzura cristiana, que engrandece a la Religión que le dió ser y es rica herencia de las futuras generaciones.

FR. VICTORINO DE S. MARTIN

O. F. M. CAP.

---

(1) **Nella Scoula e Nella Vita, febº 1939.**

(2) Ibid.

(3) I Tim. IV, 8.

Galería de misioneros

VII

MISIONEROS MARTIRES

(continuación)

Ya hemos hablado en el artículo anterior de los cinco primeros mártires que derramaron su sangre por la fe en las costas orientales de Venezuela. El Martirologio Misional siguió aumentándose considerablemente en la segunda y más gloriosa etapa de las Misiones Venezolanas: Diríase que los campos del apostolado católico, para que sean fecundos, necesitan ser regados no sólo con los sudores sino también con la sangre generosa de los Ministros del Evangelio.

En la presente lista de Misioneros Mártires queremos dejar incluídos los cinco ya mencionados, continuando después de ellos la siguiente numeración:

6.—P. ALBALETE.—Uno de los artículos de esta "Galería de Misioneros" lo hemos consagrado a relatar por extenso el martirio del P. Fr. Miguel de Albalate, ocurrido en el pueblo de San Miguel de Los Dos Ríos, cerca de Cumanacoa, el 5 de febrero de 1683.

7.—P. TAUSTE.—También hemos tratado más arriba del P. Fr. Francisco de Tauste, célebre y sabio misionero Capuchino que murió envenenado por los indios en el pueblo de Santa María de los Angeles, el año 1684.

8.—P. JUAN DEL POBO.—Por la misma época, es decir, el 2 de abril de 1683, fué victimado de la misma manera el P. Fr. Juan del Pobo, Capuchino muy austero y penitente, que tuvo don de lenguas y dejó escrito un Confesonario Chayma. Había llegado a las Misiones de Cumaná con otros Padres en 1663; al año siguiente fundó el pueblo de San Juan Bautista de Carinicuao, misión que tuvo varios traslados. Después de haber trabajado con ardiente celo por espacio de veinte años, sufriendo inmensas contrariedades, particularmente en el tiempo que desempeñó el cargo de Prefecto de las Misiones, le dieron veneno los indios en pago de su meritoria labor misional

9.—P. FELIPE DE HIJAR.—Fué misionero de la Nueva Andalucía por largos años, y en vida y después de su muerte, le honró Dios con varios prodigios, dice el cronista Anguiano, quien añade: "Tuvo don de lenguas, y celo incansable de la conversión de las almas. Acaeció varias veces, estando diciendo Misa, al tiempo de alzar la Hostia, verse en sus manos un Niño muy hermoso y lleno de resplandores que con tiernos ademanes recreaba su espíritu. Gozó desta visión algunas veces un Indio gentil que, admirado de la hermosura del Niño, convidaba a los demás para que le viesen. En medio de esto, dilató el bautismo hasta su última enfermedad; y no porque él

fuese contrario a la fe Cristiana, que antes la amaba, sino porque temía el caer en pecado después de recibir el bautismo y desconfiaba mucho de sí y temía condenarse. Por último le llegó la enfermedad última, y envió a llamar al Santo Padre y le pidió el bautismo y le recibió con extraña devoción y brevemente murió". Dieron después los indios al santo misionero un raro veneno que usan para hacer cegar a la gente, y con él llegó efectivamente a perder la vista, primero, y luego la vida, hecho este último que tuvo lugar en el mes de abril de 1690.

10.—P. ANTONIO DE TORRELACARCEL.—Fué el primer ministro y presidente del pueblo de San Antonio de Guaipanacuar, misión fundada el 5 de mayo de 1691 a distancia de tres leguas de la ciudad de Cariaco, y aumentada con numerosos indígenas sacados personalmente por él de los montes. Desempeñó también el cargo de Prefecto de las Misiones de Cumaná, y por el mes de octubre de 1693 padeció igualmente el doloroso martirio del veneno; supo quién había sido el autor de la mortal pócima, pero lo perdonó con cristiana y seráfica caridad, lo acarició y agasajó con extraordinaria edificación de todos.

11.—P. ATANASIO DE ZARAGOZA.—Brilló en la práctica de todas las virtudes, y al fin vino a coronar su carrera misional con el consabido veneno que le propinaron los indios, "porque les predicaba y enseñaba las verdades católicas". Su muerte tuvo lugar por agosto de 1698, y "apenas espiró cuando se le apareció a Fr. Miguel de Torres, a quien mucho había amado siempre, lleno de resplandores de gloria, y le dijo cómo subía ya a ser cortesano del cielo". (Anguiano).

12.—P. PLACIDO DE BELICENA.—Habíase incorporado a la Misión de Los Llanos en 1662, y después de prepararse debidamente estudiando la lengua y costumbres de los indígenas, en 1665 se lanzó, impulsado por su ardiente celo apostólico, a la reducción de los mismos a la fe de Jesucristo. Emprendió la excursión por el río Pao, logrando reducir a una gran multitud, que condujo hasta Parayma, donde los pobló. Incontables fueron los trabajos y fatigas que padeció el fervoroso misionero en la empresa realizada, y como premio y recompensa vino a recibir una muerte cruel de manos de aquellos cuya conversión y civilización tanto había él deseado. Ultimada la inocente víctima a cuchilladas y golpes de macana, llevaron arrastrando su cadáver hasta el río con ánimo de arrojarlo en él, pero no permitió Dios que realizasen su depravado intento, pues el santo cuerpo hízose tan pesado que no pudieron moverlo, a pesar de los esfuerzos que hicieron para ello, viéndose al fin obligados a dejarlo allí, en las márgenes del río.

13.—P. MIGUEL DE MADRID.—Después de haber trabajado en la Misión del Darién y haber servido con sus compañeros a los apestados en Panamá y Puerto Velo, fué trasladado a Los Llanos hacia 1670, y por entonces fundó la población de Duaca bajo la advocación de San Juan Bautista. Prosiguió luego sus labores apostólicas durante casi veinte años más, hasta 1689 en que fué envenenado por una india a quien había hecho muchos beneficios. Su cadáver fué sepultado en el templo de Duaca.

14.—P. JUAN DE TRIGUEROS.—Este misionero —Capuchino como los anteriores— llegó a la Misión de Los Llanos en 1672, hizo varias excursiones para reducir los indios de Los Llanos y en una de ellas pereció a orillas del río Guanare (Estado Portuguesa). Su martirio tuvo lugar el año 1677.

15.—JUAN GRANADOS.—Este indígena, verdadero mártir de la fe, fué el pri-

mero que, gracias a las enseñanzas y cuidados de los misioneros, dejó la vida salvaje, abrazó la religión católica y llevó una vida honesta y cristiana. Desde su conversión no sólo acompañaba a los Padres en sus viajes y jiras apostólicas, sino que se convirtió en auténtico misionero: buscaba a sus hermanos en las rancherías, les exhortaba a que dejasen su vida inculta y pagana y se incorporasen a las Misiones. Juan Granados fué guía y confidente de todos los Padres, y por su medio se redujeron muchos indios a la fe; pero de una manera especial se constituyó compañero inseparable del P. Fr. Juan de Trigueros, de quien acabamos de hablar. En una entrada que hizo solo a los indios, les predicó fervorosamente que abrazasen la fe católica, que abandonasen la vida salvaje, etc., etc.; pero ellos en vez de atender sus saludables consejos y enseñanzas, le acometieron con su nativa ferocidad y crueldad, dándole muerte a saetazos y cuchilladas, el año 1677.

16.—**P. BUENAVENTURA DE VISTABELLA.**—Parece que vino a la Misión de Los Llanos, en compañía de otros misioneros, en 1672. Fué el primero que llegó hasta el Orinoco; en 1690 fundó en Camaguán un pueblo con indios Otomacos, los cuales le encerraron en una prisión, y aunque logró huír de ella, contrajo una grave enfermedad al tener que vadear un río crecido, de resultas de lo cual murió a los pocos días.

FR. CAYETANO DE CARROCERA

O. F. M. CAP.



Típica india de las bocas del Orinoco, preparando el pescado.

Obra Seráfica de Misas

Para el auxilio de las Misiones Extranjeras de los FF. MM. Capuchinos

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

50 Misiones

769 Estaciones o residencias principales.

1.580 Misioneros Capuchinos.

116 Millones de habitantes en sus misiones.

Más de millón y medio de católicos.

16 Seminarios con 650 seminaristas.

2.729 Catequistas.

26 Vicariatos Apostólicos.

La Obra Seráfica de Misas tiene por fin el sostenimiento de las Misiones Capuchinas entre infieles. Fué fundada el año 1889. La han aprobado y bendecido los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XII.

GRACIAS ESPIRITUALES

1a. Participación del fruto de 5.000 misas que cada año celebran los Padres Capuchinos exclusivamente a intención de los bienhechores de sus Misiones.

2a. Participación de 500 misas Conventuales diarias que se celebran en nuestros Conventos por los difuntos y bienhechores de la Orden Capuchina.

3a. Participación en las penitencias y obras practicadas por los mismos Religiosos (que son unos 13.000) y por las Misiones que les están encomendadas.

4a. Indulgencia plenaria y Bendición Apostólica "in artículo mortis".

5a. Indulgencia plenaria en las fiestas siguientes: ::Epifanía del Señor, Exaltación de la Cruz, Virgen de los Dolores (15 de setiembre) y San Fidel de Sigmaringa (24 de abril).

6a. Indulgencia de 300 días cada vez que se haga algo para ayudar a la Obra Seráfica de Misas.

LIMOSNAS PARA HACERSE PARTICIPE DE LOS BENEFICIOS DE LA OBRA

Los difuntos participan por un año, dándose por ellos la cuota de Bs. 1, y participarán "In perpetuum" si la limosna es de Bs. 6. Cuando se trata de los propios padres difuntos, con esta última limosna se hacen ambos participantes.

Los vivos, dando Bs. 1 de limosna, serán participantes por un solo año; y si dan Bs. 25, lo serán perpetuamente en vida y en muerte.

Para cada una de estas participaciones se entrega al donante una patente, donde consta la inscripción de la persona partícipe de la Obra Seráfica de Misas.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

13 Escuelas de Artes y Oficios.

1.312 Religiosas.

41.000 Terciarios seculares.

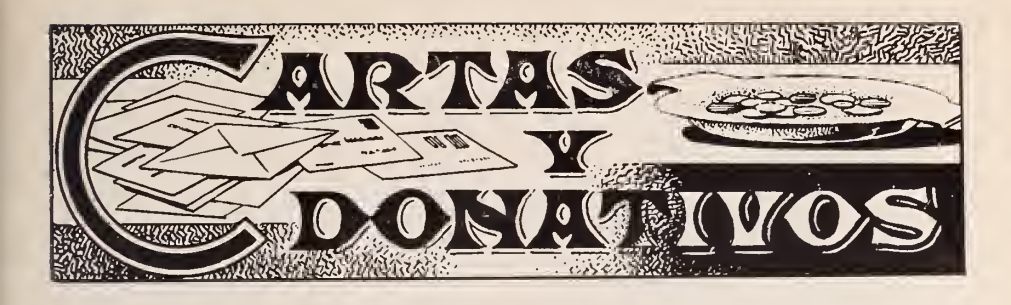
190 Entre Hospitales y orfanotrofios con 8.000 huérfanos.

12 Leproserías.

120 Farmacias y boticas.

20 Tipografías.

2.742 Escuelas y 119.400 Alumnos (8.000 internos).



CARTAS Y DONATIVOS

* Maracaibo, 27 de octubre de 1944. Mi querida ahijadita. Esta cartica te lleva todo mi cariño y mi bendición. Deseo que al recibir la cartica te encuentres bien. Ojalá que te retrates y me mandes tu retratico para conocerte, porque yo no puedo ir allá, porque estás muy lejos. Dime cuantos años tienes y si ya estás en el Colegio. Te manda un estrecho abrazo tu madrina, Carmen Cristina Rosado H. Alumna del Tercer Gdo. del Colegio del Pilar.

Esta cartica va dirigida a una indiecita que será bautizada con el nombre de Thelma Cristina. La madrinita se ha adelantado un poco en escribir. No es posible que la ahijada conteste, mucho menos que le mande la foto. Cuando la lleven a la Casa-Misión con las Hermanas podrá escribirte, amiguita Cristina.

Maracaibo, 30 de octubre de 1944. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Respetado Padre: En meses pasados recibimos carta de la Mision donde nos contaban las indiecitas lo alarmadas que estaban bajo el temor que se repitiera la inundación del río. Nosotras que supimos por medio de la Hna. Rosita lo que era una inundación quisimos de todo corazón ayudarlas con nuestras oraciones que no dejamos de hacer diariamente. El día de la Misión, en Maracaibo se celebró con gran pompa, y en el Colegio tuvimos versos, cantos y muchas cosas más, que si le contase, no terminaría. Con las limosnas recogidas pensamos comprar el aguinaldo para nuestros queridos indiecitos de la Misión. Ojalá que lo enviado, sea del agrado de todos. Antes de terminar queremos manifestarle nuestros deseos que son: el triunfo de Cristo y de su Iglesia, conquistando muchas almas. Bendiga a las niñas del 6º Grado.

Muy bien por estas entusiastas y simpáticas Misioneras del Sexto Grado del Colegio Ntra. Sra. del Pilar, de Maracaibo. Ya sé y todos lo saben que ahí reina mucho entusiasmo por las misiones. El caso es que no se apague en vuestros corazones, a la salida del Colegio. Dios os bendiga.

* Caracas, setiembre, 29 de 1944. Rdo. P. Antonino M. de Madridanos. Le envío esta cartica para saludarlo y pedirle me dé la bendición. También le mando Bs. 5 para el bautizo de un indiecito que deseo lleve el nombre del gran apóstol de los leprosos, el P. Damián, y además le agregue de Jesús, pues así nos lo hemos propuesto todas las niñas de la Sociedad Misionera. Padre, dígale a mi ahijadito, que rece mucho por mí, para que sea muy buena; yo también rezaré para que él sea un santito. Se despide de Ud. y le pide la bendición, Mercedes Martínez, Alumna del 4º Grado del Colegio San Antonio.

Quedo enterado, Merceditas, de tus buenos y grandes deseos. Tienes que esperar a que bauticen al indiecito, y sea crecido para que rece por ti. Porque te advierto, que los PP. Misioneros los bautizan de pequeños al salir de excursión por las rancherias, y de mayorcitos los llevan a educarlos en la Casa-Misión. Bueno. Que Dios te bendiga.

* Caracas, 26 de octubre de 1944. Muy respetado P. Fray Antonino de Madridanos. Por la presente me dirijo a Vd. con gran contento, pues he conocido su Revista **VENEZUELA MISIONERA** y siento gran placer en leerla. Ante todo le manifiesto que estoy muy contenta en el Colegio de San Antonio de Hnas. Franciscanas donde me han colocado. Aquí nos leen con frecuencia dicha revista y todas nos hemos dado cuenta de la importancia que tiene bautizar a esos infieles. Y me ha venido una idea que le voy a comunicar: En la primera explicación de catecismo que nos dió la Hna. nos dijo que Dios nos había criado, y que a Dios se lo debemos todo. Yo me sentía muy satisfecha; pero ahora que amo tanto a los indiecitos, les he deseado lo mismo, es decir, esta satisfacción, y he pensado que a todos los que mandemos bautizar les pongamos el apelativo de Jesús. Así que por ahora mando a bautizar una indiecita con el nombre de María Cristina de Jesús. Bendígame, Padre. María Cristina Martínez, del Colegio San Antonio.

Maravillosa tu idea, Cristina, y aceptada desde un principio. Ya han encargado unos cuantos bautizos de ese Colegio y veo que todos los nombres llevan como añadidura de Jesús. Mereces aplausos por tu idea. Dios te bendiga.

* Caracas, 2 de marzo de 1945. Rdo. P. Director de "Venezuela Misionera". Ciudad. Muy respetado Padre: Lo saludamos atentamente y te-



"Para Venezuela Misionera, con todo cariño", nos dice la simpática misionerita de Upata Edith Rivas M. Gracias.

nemos el placer de manifestarle nuestro interés por las misiones, interés que se ha despertado en nosotras con la lectura de su revista "Venezuela Misionera" a la que estamos suscritas. Queriendo contribuir en algo a la gran obra misional, le remitimos Bs. 10 para el bautizo de dos indiecitos: un niñito con el nombre de Antonio José y una niñita con el nombre de Josefina. Esperamos que Ud. y los indiecitos rogarán a Dios por nosotras para que tengamos feliz éxito en los exámenes. Deseando la prosperidad de las misiones, le pedimos nos bendiga. Elisabeth Ochoa y Josefina Fernández, Colegio de Sta. Teresita.

Muy bien por estas dos amiguitas de nuestra revista y de las misiones. Se pondrán los nombres que queréis a los ahijaditos. No los olvidéis vosotras para rogar por ellos y para lo otro; bueno, para mandarles sus regalitos. ¿Y la foto que os pedí? Quedo esperándola.

* Caracas, 16 de febrero de 1945. R. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Respetado y buen Padre: Con gusto me dirijo a usted en nombre de mis queridas compañeras del Colegio M. Rafols de las Hnas. de Santa Ana, presentándole un respetuoso saludo y enviándole ese pequeño obsequio de Bs. 10, que gustosamente hemos recogido entre todas, sacrificando golosinas con el fin de que haga bautizar a dos indiecitos, con los nombres de Clara Virginia y Luis Angel. También le diré que nuestra maestra instituyó un Día Misional, que es el miércoles, para ofrecer nuestras oraciones, sacrificios y pequeñas limosnas por las misiones de nuestra Patria. Pediremos mucho para que estos nuevos bautizados sean buenos cristianos. Le rogamos que nos encomiende en sus oraciones y bendiga a estas pequeñas misioneritas, las Alumnas del 5º Gdo. Blanca María González.

Interesante por demás tu cartita, amiguita Blanca, y mucho más interesante por los bautizos que encargáis con los adjuntos Bs. 10 reunidos a fuerza de sacrificios y pequeñas privaciones. Esto tiene mucho mérito. Linda la idea de la Hna. Profesora del Día Misional. Dios os bendiga.

* Trujillo, 13 de febrero de 1945. R. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Respetado Padre: Después de saludarle y desearle mucha felicidad, tenemos muchísimo gusto en enviarle junto con ésta Bs. 5 para el bautizo de una indiecita, que deseamos lleve los nombres de Rosario Josefina Urdaneta, encargándole que pida a la Virgen por nosotras y por las necesidades espirituales de esta ciudad. Le enviamos un abrazo a nuestra ahijadita, y a Ud. le pedimos nos bendiga. Rosario y Betty Urdaneta. Alumnas de Tercer Gdo. Colegio Sta. Ana.

Bien, muy bien por estas simpáticas alumnas del Colegio Sta. Ana de Trujillo. Ya veo que ese entusiasmo que se ha despertado por las Misiones en el Colegio es grande. Dios os bendiga.

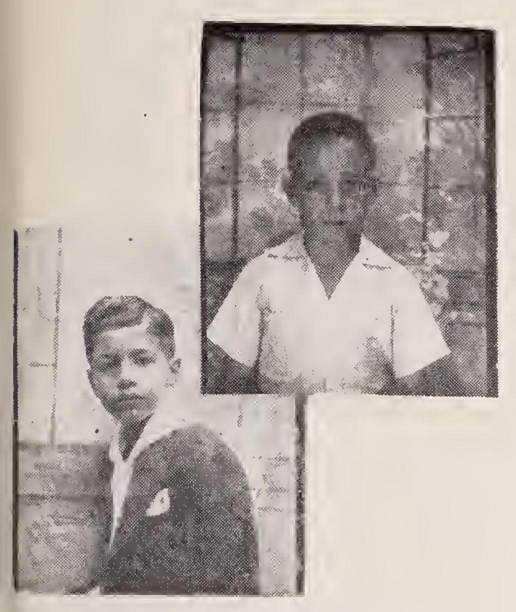
* Trujillo, 20 enero de 1945. Rdo. P. Fr. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy respetado Padre: Uniéndome al alborozo con que Maracaibo ha acogido las nuevas misiones perijaneras y cuyos ecos repercutieron en tierras trujillanas, he separado de los aguinaldos de estas pascuas Bs. 5 con el fin de enviar a dichas misiones para el bautizo de una indiecita, con el nombre de Teresa de Jesús Sánchez y mi propósito es trabajar, ya con oraciones y sacrificios, ya con pequeñas limosnas para ayudar a las misiones arriba mencionadas. Lleguen, pues, con esta pequeña limosna los votos más fervientes por la prosperidad de esta gran obra, un aplauso muy sincero para los fundadores de la misión y para Ud. un respetuoso saludo. Le pido me bendiga. Dulce María Sánchez, Alumna de 4º Gdo.

Lo del saludo se te agradece muy sinceramente, la bendición ahí te la mando muy grande para que Dios te conserve muy buena, y lo de las misiones, a continuar trabajando, pero no te olvides de hacer mucha propaganda entre tus amistades, que serán muchas y buenas, de la revista, para que mejor conozcan aquellas. En números consecutivos seguiré publicando las cartas de tus compañeritas de Colegio.

ESCRIBEN DE LA MISION

Sta. Teresita, 26 de enero de 1945. Rdo. P.

Ernesto Montiel, del Colegio Ntra. Sra. de Chiquinquirá de Maracaibo, famoso misionero.



Otro misionero, José Luis Romero, del mismo Colegio y de la misma Ciudad Misionera.

Antonino de Madridanos, Caracas. Respetado Padre: Paz y Bien. Te escribo esta carta para saludarte y al mismo tiempo para pedirte la bendición, ¿cómo estás? Aquí estamos bien, gracias a Dios. Te voy a contar la visita de los RR. PP. Agustín de Corniero y Crisóstomo de Bustamante, vinieron el domingo, el 14 de enero. cuando sonó el avión nos vestimos de uniformes, los PP. Víctor de Carvajal y Eulogio fueron a recibirlos, vinieron a la casa de la Misión, los aviadores vinieron también y fuimos en línea a pedir la bendición, y ellos estaban en el recibo sentados. Mientras tanto hicimos el almunerzo, también les dimos kachirí para que lo tomaran. Nosotras estábamos muy contentas. El lunes por la noche hicimos una veladita, los muchachos se vistieron como los viejos, se pintaron con carbón las caras. Uno hacía de doctor, otro de capitán, y los otros eran indios; sacaron la olla de tierra con el kumache al medio del escenario, estaban comiendo como los indios, mojando casabe entre el kumache, después el capitán de ellos dijo que se iban a pescar. El Doctor llega de Caracas y no encontró ni capitán ni indios, el sobrino del capitán dijo que los iba a llamar. Entonces llegan los enfermos, un sordo, un tartamudo, uno a quien le salió Kanaima, y la enfermedad de él era **mieditis**. Así todos muy graciosos y nos reímos mucho. El martes por la mañana, 16 de enero, bendijeron la primera piedra del Santuario; allí sacó el P. Víctor unas fotografías. Después el P. Crisóstomo habló sobre la colocación de la primera piedra y también el Sr. Toledo y el Sr. Campero dijeron algunas palabras. En la noche obsequiamos a las Padres con el baile indígena. El capitán de este lugar, que hace pocos días se casó con una de mis compañeras vino a dirigir el baile. Bueno Padre, ya te he escrito largo. Tú nunca nos escribes. Todas mis compañeras te envían saludos. Bendícenos. Josefa Lanz.

OTROS DONATIVOS

La Srta. Clara Azancot, de Los Teques, manda Bs. 5 de limosna. Las Alumnas de 6º Gdo. del Colegio Madre Rafols, Caracas, Bs. 5 para bautizar un indiecito con el nombre de Pablo Bescos. La Sra. Elena de Pérez Bs. 5 de limosna para la Gran Sabana. De Ocumare del Tuy la Sra. María Lourdes de Sánchez manda Bs. 5 para bautizar un Ramón Ernesto. De Caracas la Srta. Gertrudis Cabrera Genty para bautizar un Antonio envía Bs. 5. La niña María Antonia Berroterán, del Colegio de Ntra. Sra. de Guadalupe de Sabana Grande, envía Bs. 5 para bautizar una Sixta Elena. Del mismo Colegio envían de limosna Bs. 115. El Pbro. Juan Parra, Párroco de Carvajal, manda una limosna de Bs. 5. El buen amigo y Alumno del Colegio La Salle de Caracas Venicio Alfonzo manda Bs. 5 de limosna. Una Srta. de Maracaibo manda Bs. 5 para bautizar una María de Lourdes. El Sr. Manuel Castellanos, de Maracaibo, Bs. 5 para bautizar un Marcos Venicio Castellanos. Continuamos la lista de bautizos que mandaron las Alumnas del Pilar, de Maracaibo: Marucha Troconis un Luis Alfonso, Consuelo Castillo y Ligia Zuleta una Ligia del Consuelo Zuleta, Blanca Sulbarán un Jesús, Sulbarán, Magdalena Gutiérrez una Delia Margarita Escobar, Carmen Castillo una Esperanza Josefina Castillo, María I. Moreno y Delia Soto una Yolanda Moreno, Graciela González R. una Celina González, Aura Pérez una Elba Pérez, Omira Anciani y Consuelo Valbuena una Omira del Consuelo Valbuena, Yolanda Pérez un Luis Alberto, Sara Faría y Beatriz Nery una Sara Beatriz, Adela Martínez una Emilia Martínez, Hilda Marín un Octavio María, Beatriz Montiel una Hilda Montiel, Flor María González un Clemente Ortega, Elvia Barboza un Atilio Alvarez, Cristina Rosado y Thelma Masonparry una Thelma Cristina.

Mis buenos amigos y entusiastas bienhechores de la Misión, Dios les pague tanta bondad.

P. A.
Capuchino.


ESSO

La Novela de...

(Viene de la pág. 59)

ofrezco un cigarro, un puro de los que ya sabes!

—Es tomarme por mi lado flaco, padrino.

Y Carlos tomó con delicadeza un hermoso habano, le cortó la punta, ofreció un fósforo a su huésped y luego encendió su puro.

Después de las primeras fumadas, en silencio, como en una comida los primeros bocados, Louverois fijó sobre su sobrino una mirada escrutadora, Louverois jifó sobre su sobrino una mirada escrutadora, y frunciendo las cejas:

—¿Supongo que sabes lo que me trae? —dijo.

Carlos respondió con sinceridad:

—No tengo la menor idea.

Louverois prosiguió:

—Pues bien, voy a decírtelo sin ambages. Estoy al corriente de tus proyectos... o, por mejor decir, de tus ilusiones para el porvenir, y quisiera hablar contigo.

Carlos comprendió que una nueva lucha iba a comenzar, como se lo anunciaba el P. Ambrosio; palideció ligeramente y lanzó una mirada al Crucifijo de alabastro para pedirle luz y valor.

Louverois continuó:

—Supongo que no te admirarás de que yo me meta así en tu vida; bien sabes la amistad que me une con tu padre. Además mi título de padrino no es una palabra vana, y ya que veo a tus padres a punto de hacer un disparate, creo que mi intervención es un deber.

Carlos se inclinó:

—Estoy a sus órdenes —respondió.

——Parece que quieres hacerte Jerónimo...

—Y misionero, sí, padrino.

Louverois hizo un gesto de indignación.

—Sí, padrino —repitió con ironía—. ¿Y dices eso en serio? ¿Pero estás loco? Vamos: ¿qué es lo que te falta aquí? Gozas de todas las comodidades de la vida, tienes buenos padres que te miman; tu porvenir está asegurado brillantemente, tendrás más tarde una hermosa fortuna... ¡Eso no te basta, vas a inquietarte por no sé qué negritos que no tienen en verdad nada que ver contigo! ¡Es esto una locura, por Júpiter, verdadera locura, o yo no me entiendo!

me entiendo!

Sacudió la ceniza de su cigarro, y como Carlos permaneciese callado, prosiguió:

—Yo comprendo que un vagabundo cualquiera, no teniendo qué perder, se meta en una aventura que puede granjearle alguna gloria y en la que al fin no arriesga más que su pellejo; pero que a un muchacho como tú, habituado al lujo, a las dulzuras del hogar, que puede pretender cuanto hay de mejor en el mundo, se le meta en la cabeza entablar el oficio de agente del Evangelio...

Carlos le interrumpió:

—Le ruego que no continúe la frase; he comprendido y es mejor evitar una blasfemia.

—Sea..., pero al menos me permitirás decirte lo siguiente: yo te desafío, ¿oyes?, te desafío a llevar por seis meses la vida que pretendes abrazar. Educado entre algodones, consentido, mimado desde la infancia, partirás para un país aburrido, llevando un saco a la espalda, caminando días enteros, durmiendo en el suelo, comiendo pan duro, carne de mono, y muchas veces nada absolutamente... ¡Vamos! ¡Qué me haces reír!

—Ría usted, padrino; pero permítame que le diga a mi vez sin ofenderse, que se parece usted a nuestro viejo lacayo Leandro.

Louverois se irguió:

—¿A Leandro yo?

—Sí; hace algunas semanas que papá me regaló una magnífica linterna de proyección con lámpara eléctrica; mientras la desembalábamos Leandro y yo, el buen viejo, examinando los dos carbones del arco, me dijo: —¿Qué es esto, don Carlos? —Es lo que ilumina la linterna. —¡No puede ser! Si es todo negro. —Sí, pero cuando pase la corriente se pondrá blanco, tan blanco que no se le podrá mirar.

Louverois abrió unos ojos enormes:

—¿Y qué? —preguntó.

—Pues bien, padrino, lo mismo que Leandro no entiende ni jota de las lámparas de arco, así usted no comprende el papel de la gracia en un corazón. Yo soy flojo y débil, es verdad; pero si la gracia pasa por mí, seré fuerte, capaz de todo...

Louverois se encogió de hombros:

—Es muy ingeniosa tu comparación —dijo—; pero esas son tonterías; hablaremos ahora como hombres prácticos, ¿quieres?, y vamos derechos a nuestro objeto. Te pido que reflexiones seriamente, eso es todo. Acabas de estudiar filosofía; pues bien, es necesario que te sirvas de ella: un poco de razonamiento te llevará a abandonar tu proyecto; perderlo todo para no ganar nada, es cosa irracional.

—Tiene usted razón; pero abandonar

poco, para ganar mucho, es dar un golpe maestro.

—¡Desgraciado! ¿qué es lo que puedes tú ganar en esa loca calaverada?

—Almas, padrino.

Louverois, una vez más, se encogió de hombros: ignoraba el precio de esta mercancía. Por un instante guardó silencio, echó bocanadas de humo de su cigarro que estaba para apagarse, y luego, con un gran gesto, el del jugador que arriesga su último golpe, repuso:

—Oye, Carlos ,nada de reticencias entre nosotros; ya sabes que yo soy rico, muy rico...

Carlos hizo un gesto de afirmación urbana e indiferente.

—Prométeme renunciar a tu capricho, y hoy mismo hago extender, delante de un notario, una acta por la cual te doy...

Se detuvo un momento con una especie de amor propio, para hacer valer la enormidad de la suma prometida:

—¡Quinientos mil francos!

Seguro del éxito, se acomodó en su sillón y esperó la entusiasta aceptación del joven.

Pero Carlos sonreía y miraba con una especie de compasión.

—¡Oh, padrino...! —dijo.

Y su frase se terminó con un gran suspiro desdeñoso.

Hubo un momento de silencio. Louverois no comprendía.

—¿Rehusas? —dijo al fin con un estupor inmenso—. Veamos, no es posible.

—Mi querido padrino, dejémonos de chanzas...

—¡Chanzas! Quinientos mil francos, en serio, te ruego que me creas.

—¡Usted me ofrece dinero! ¡Pero yo no estoy para venderme! No me enojo con usted, porque usted no puede comprender el precio de un alma, aunque habite en este cuerpo miserable; usted no comprende la dulzura y la grandeza de esta palabra: "He salvado un alma por toda la eternidad". Usted no puede comprenderlo porque ha abandonado a Dios, y sólo el amor de Dios puede hacer comprender estas cosas. Mas yo, con el corazón desgarrado, pero alegre, a pesar de todo, le dejaré a usted, a mis padres, a mis hermanas, a mis hermanos, a todos los que amo, para correr al socorro de los pobres negros; por salvar a uno solo de ellos, abandonaría de buen grado una fortuna ciento y aún mil veces mayor que la que usted acaba de ofrecerme. ¡Una fortuna!... ¡Qué!, ¿hay acaso alguna otra comparable al amor de esta familia queridísima, a la que, sin embargo, estoy pronto a dejar?

Louverois miraba atentamente a su ahijado: jamás le había visto resistirle, responder así de frente, y no sabía si admirarse de tal aberración, o irritarse de semejante desdén. Soló respondió:

—¡Palabras!

Carlos se había levantado:

—¡Palabras, dice usted! ¡Ah, muy pronto verá usted obras; yo partiré y tal vez entonces usted se convencerá; mis sufrimientos ofrecidos en sacrificio le merecerán quizá volver a Dios; a todas las almas que yo salvare se unirá la suya!

Un reflejo profético brillaba en los ojos del joven; Louverois por un instante se sintió herido por la mirada de Carlos; pero no quería ver nada.

—Sea lo que fuere —dijo después de un momento de silencio—, yo no consentiré jamás en esa partida.

—Padrino, yo...

—¡Oh, no sigas, ya sé lo que vas a decirme: tú no tienes necesidad de mi consentimiento, es verdad, pero sábete que no te perdonaré jamás el haber rechazado mis ofertas: lo considero como una injuria personal!

—¡Lo siento con todo mi corazón; pero jamás volveré atrás de lo que he dicho!

—Hace ya mucho tiempo sabemos que

tu dureza de cabeza es invencible; tendremos una prueba más que añadir a la colección.

Louverois se levantó a su vez, y prosiguió:

—Terminemos de una vez: ¿a qué continuar una discusión estéril? Te empeñas en cometer una barbaridad; haz como te dé la gana, yo me lavo las manos. He hecho lo posible por detenerte: cuando allá lejos, sufriendo hambre, sed, calor, enfermo, cansado, enojado de tu insensata empresa, eches de menos con amargura tu país, y el hogar paterno, te dirás a ti mismo: "¡Oh, si yo hubiera escuchado a Louverois!"

—No; me diré: "¡He escuchado, he seguido, la voz de Dios; sean bienvenidos los sufrimientos, que son fuente fecunda de la salvación de las almas!".

Louverois zapateó con impaciencia:

—¡Está bien, terminemos: parte mañana si te da la gana y no hablemos más! ¡Tú no amas a tus padres!

—¡Sí! ¡Oh! ¡Sí; pero Dios quiere que...!

Carlos no terminó su frase; Louverois había salido, cerrando la puerta con cólera, y el joven quedó solo.

* * *

Repasaba en su espíritu las peripecias de la lucha; fijos los ojos en el Crucifijo, daba gracias a Dios por los favores concedidos, y le pedía otros nuevos... De repente la puerta se abrió, y Andrés, como un torbellino, entró en el cuarto:

—¡Carlos! —gritó— ¿qué ha pasado? El señor Louverois está furioso y dice que es contra ti.

Carlos agarró al niño que saltaba como un cabrito, tomó sus dos manos, y mirándole con ternura:

—Andrés —le dijo—, los dos tenemos un secreto, ¿te acuerdas?

—Sí —respondió el niño con aire de vanidad—, y jamás lo he dicho a nadie.

—Lo sé; y ya que has sido fiel, voy a confiarte ahora otro mucho mayor, del cual sólo hablarás con Dios en tus oraciones.

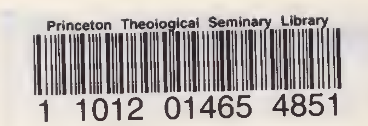
Andrés puso atentamente el oído, mientras su movible carita tomaba una expresión grave. Carlos prosiguió:

—Oye: ¿sabes lo qué es un misionero?

—Sí: un hombre, un sacerdote que se va muy lejos para convertir a los salvajes.

—Así es. ¿Y a ti no te gustaría ser misionero?

(Continuará)


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 4851